

## Un poeta en ejercicio revisa su tradición

### Galería de espejos

JUAN MANUEL ROCA

Alfaguara, Bogotá, 2012, 298 págs.

“EN ESTE libro haré énfasis en generaciones del siglo pasado como los Nuevos, Piedra y Cielo, Mito, el nadaísmo, la generación de poetas del exilio (cuyas obras empiezan a aparecer en los años setenta), y en los poetas de la década del cincuenta” [pág. 11].

El programa resulta convencional pero Juan Manuel Roca le inyecta su visión, de participante activo que rescata por razones familiares poetas que conoció, como Ciro Mendía (1892-1979) o Luis Vidales (1900-1990), y en los que subraya sobre todo el humor, a veces solo ingenioso, en otras en verdad más trascendente. “Los relojes pierden el tiempo”; consignará Vidales. El debate se sitúa entonces en si las “gotas amargas” de José Asunción Silva abren una brecha que cuestiona o ésta más bien se inicia en la música sarcástica con que León de Greiff habla de ese Bolombolo, “país de tedio” y de “cejijuntos horizontes”; “síntesis de los Saharas y summa de los Congos”. El trópico como calor que todo lo aplanan. Pero quizás el origen habría de encontrarse, río arriba, en la paradójica figura de Rafael Pombo, “un hombre moderno y contradictorio en medio de un país aldeano y creyente” [pág. 56], como lo califica Roca. Pero la opulenta música romántica, con su silencioso temblor ante el misterio, se conmueve con las estrellas distantes y anhela que estas lleguen a rozarlo, en algún momento, sea en las pupilas de la amada, sea cuando “abrió esta noche, como a las turbas su palacio un rey” [pág. 59]. De ahí que la “Noche de Diciembre” de Pombo inaugure esa tradición de “Nocturnos” que enlaza a Silva con De Greiff y a Aurelio Arturo con Fernando Charry Lara, en la perplejidad de una poesía sobrepasada por ese temor a la otra faz de las cosas, a su anverso atrayente y peligroso. No las cosas como enigmas a descifrar, con su lenguaje propio, sino lo que José

Asunción Silva, en “Una noche”, trazó con música certera

por el infinito negro  
donde nuestra voz no alcanza,  
solo y mudo por la senda caminaba.  
[pág. 73]

Ese viaje de la poesía colombiana tiene en este caso nuevas estaciones muy pocas veces visitadas como serían las obras de Carlos Obregón (1929-1965), Óscar Hernández (1925), Raúl Henao (1944), Luis Aguilera (1945) o Samuel Vásquez (1949). Y la relectura de los poetas ya consagrados, que mira desde nuevos ángulos. Así el Barba Jacob, proveniente de Santa Rosa de Osos, en Antioquia, “un pueblo camandulero que tiene más iglesias que casas” [pág. 75], o Luis Carlos López, “fotógrafo cómico de la realidad” [pág. 85] y que también, como Barba, se saben “biznietos del atraso”. Modificadores no radicales de la herencia modernista.

Por su parte, Vidales, tan cercano a sus afectos, ve cómo su libro *La obreríada* es considerado “un libro de infinita pobreza que solo podría ser grato a sus compañeros de partido” comunista [pág. 115]. El “impresionismo sensorial” de Aurelio Arturo, contemplativo poeta del campo, da paso a esa “música fatigada, algo rancio que cansa y ahuyenta a la vez” como define a la poesía de Eduardo Carranza antes de llegar a su lograda *Epístola mortal* (1975) donde se despide de sí mismo: “Ya para siempre estoy lejos de mí”.

Vendría luego la parquedad melódica de Charry Lara, con sus borrosas nubes eternamente solas por aquella frente.  
[pág. 141]

y sus amorosas palpitaciones, dentro de lo que Leon Paul Fargue definió así: “La poesía es el único sueño en que no se debe soñar”.

Cercanos están la profunda orfandad y la “espesa materia biológica” con que García Márquez saludó los primeros poemas de Héctor Rojas Herazo y su posterior fundación de mitos a partir del barro primordial de los pueblos de la costa Caribe.

Una línea de configuración mítica lo uniría a Álvaro Mutis y a José Manuel Arango, que adelgazando el verso logra “sugerencias míticas” y resonancias

misteriosas que en Giovanni Quessep buscan, en ocasiones, “crear un diálogo desvaído entre la historia y la fábula” [pág. 197].

Se teje así un panorama de ecos y asociaciones, donde la lectura se puebla de anécdotas y encuentros entre Roca y los comentados. Y donde temas centrales de la poesía del siglo xx —la despersonalización, la inteligencia que canta, el compromiso político, la pérdida de eficacia de la negación, el papel del surrealismo, el uso prosaico de la noticia periodística— asoman en uno u otro poeta. Jaime García Maffla pediría, por ejemplo, “que los espejos ya no me reflejen” [pág. 213] y “la mentira que es sonrisa” acentúe sus rasgos de bufón, en la pertinencia de preguntarse si la tradición medieval o el Siglo de Oro español pueden fecundar todavía una poesía de ademanos cuestionadores y a la vez trascendentes.

Por su parte, Samuel Vásquez y Santiago Mutis, autores de trabajos sobre artes plásticas, encuentran una vía donde lo sentencioso del aforismo (caso de Vásquez) y la capacidad de Mutis de infundir un animismo a las cosas que las humaniza y proyecta abren otros horizontes a la poesía colombiana, capaz de mirar más allá de sí misma y proseguir la rica herencia del poeta que escribe sobre pintura: Baudelaire, Apollinaire, Breton, Octavio Paz, Luis Cardoza y Aragón.

Otros nombres y otras obras, como Samuel Jaramillo, al recrear el Chocó de su infancia, u Omar Ortiz (1950) al afrontar el tema candente de los desaparecidos por la violencia, anuncian el último capítulo, una amplia reflexión histórica de Roca sobre el afán de la poesía para no perder su rostro humano en medio de tanta barbarie que ha afligido a Colombia, desde la violencia partidista, liberales versus conservadores, hasta nuestros días. Pero el exorcismo del poema parece muy poco eficaz, como señala Doris Lessing, “en un tiempo en que resulta aterrador estar vivo, cuando es difícil pensar en los seres humanos como racionales” [pág. 279].

Una muy útil cronología, preparada por Santiago Espinosa, y que abarca de 1908 al 2011, cierra el volumen, esta *Galería de espejos* que Roca aspira sea leída por “amantes

del tema y, sobre todo, por profesores y estudiantes críticos y exigentes". En verdad, un útil trabajo con su breve antología final de poetas nacidos en los años cincuenta.

**Juan Gustavo Cobo Borda**